

ANALES DE MEDICINA

BOLETÍN MENSUAL DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS - SEGUNDA ÉPOCA

Vía LACOMERA, 31

BARCELONA

TELÉFONO 11586

Secretaría General:
DR. E. ENRIQUE BERNABÉ

Presidente de la Academia y Director:
PROF. DR. A. PEDRO PONS

Redactor Jefe:
D. A. NÍN FERNÁNDEZ

Presidentes de Asociación

Quirúrgicos: PROF. DR. F. CASADESÚS CASTELLS. *Tocoginecología:* DR. S. DEXEUS FONT. *Neurología y Psiquiatría:* DR. J. CORDERA RODRÍGUEZ. *Oftalmología:* DR. H. ARRUGA LIRÓ. *Cirugía:* PROF. DR. J. B. PUIG SUREDA. *Otorrinolaringología:* PROF. DR. M. SORLA ESCUDERO. *Fisiología:* DR. J. REVENTÓS BORDOY. *Pediatría:* DR. S. GODAY. *Colección Hematológicas Médicas:* PROF. DR. J. PEYRÍ ROCAMORA. *Endocrinología y Nutrición:* DR. B. DANÉS CASABOSCH. *Biología Médica:* DR. R. MORAGAS GRACIA. *Urología:* PROF. DR. S. GIL VERNET.

Administrador: A. BOSCH BATLLE. - c. Mallorca, 237. - Teléfono 80384

Vol. XXXII

Septiembre de 1945

Núm. 369

Sesión necrológica

a la memoria del

Dr. D. Luis Celis Pujol

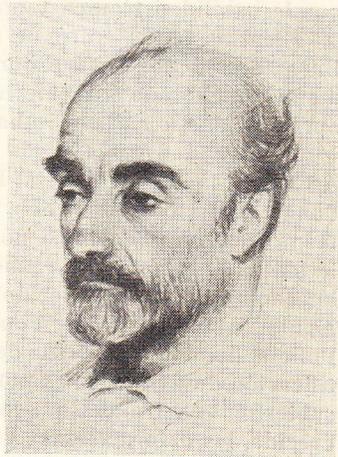
celebrada el 26 de mayo de 1942.

Discurso leído por el DR. JOSÉ A. GRIFOLS ROIG

SIN duda, la personalidad profesional del DR. CELIS ha sido tan destacada de la vida médica de nuestra región, durante los últimos veinte años, que muchos de vosotros podríais trazar su semblante psicológico y seguramente lo haríais con más acierto y brillantez que yo, porque a mi me falta mucho para llegar a medianía en cuestiones de observación y literatura.

Pero la circunstancia de una amistad que nació en el primer año de la carrera y que no dejó de ser efectiva hasta que él cerró los ojos para siempre, me pone ante el honroso deber de no declinar la designación de nuestra Junta Directiva para recapitularos algo de lo muy interesante que ofreció la vida de nuestro ilustre fallecido, el cual ocupó la presidencia de nuestra ACADEMIA durante los años 1920 al 1922, desempeñó en ella los cargos de Conservador de Museos y Tesorero, y ejerció el de Profesor de Histopatología.

LUIS CELIS PUJOL nació en Barcelona el día 26 de diciembre de 1887. Cursó el bachillerato en las Escuelas Salesianas y fué en el curso de ampliación, en



* 1887 - † 1941

el año 1903, cuando nos conocimos por primera vez y precisamente en las prácticas de física, donde el azar nos colocó el uno junto al otro.

Son ya tan remotos aquellos años, que pocas cosas recuerdo, dignas de ser contadas, pero estoy seguro de que si él viviera podría contaros muchísimas; pues, para él, puede decirse que todo lo pasado era presente. Su característica principal era el poseer una memoria capaz de retenerlo todo y una gran curiosidad para las múltiples cosas que despertaban su interés.

Este interés lo sentía especialmente por todo lo descriptivo y, en primer lugar, por los estudios morfológicos; no simpatizaba tanto con aquellas disciplinas cuyas teorías no eran marcadamente estables, como la Física, por ejemplo, ya que solía decir algunas veces, con motivo de un cambio de teoría: «Ya hice bien de no estudiar Física; ya la estudiaré cuando se diga la última palabra.»

Y efectivamente su preferencia era por lo morfológico y lo estimaba porque era estable, de modo que la Anatomía, la Histología y la Anatomía patológica fué, desde buen principio, lo que cautivó sus aficiones. Y en esta misma ACADEMIA, cuando estaba instalada en la calle de la Puertaferriosa, fué donde empezó a formarse en estas disciplinas con el auxilio de los huesos, del hombre plástico, y de los libros de consulta, que en ninguna otra parte de Barcelona podían entonces encontrarse.

Fué también en esta misma época y en esta ACADEMIA cuando el padre del actual DR. BARRAQUER, D. José A. Barraquer, insigne pedagogo, empezó unos cursos de histología, uno de cuyos primeros alumnos fué LUIS CELIS PUJOL, inscribiéndose después en los cursos de Histología patológica dados por los DOCTORES PASCUAL y FERRET, primeros importadores en nuestra ciudad de las entonces nuevas técnicas histológicas alemanas, distinguiéndose siempre CELIS por la habilidad técnica y por la interpretación diagnóstica.

Mientras tanto, entró de ayudante en la clínica privada del Dr. PUJOL y BRULL donde, por *motu proprio*, tuvo ocasión de estudiar clínica e histológicamente muchos de los enfermos que allí se operaban, con aquel empeño en aprender que le caracterizaba.

Su actividad en la época de estudiante, difundida principalmente entre la ACADEMIA, la clínica del Dr. PUJOL y BRULL y el Hospital del Sagrado Corazón, donde asistía con frecuencia a las operaciones del Dr. CARDENAL, hizo, seguramente, que en la Facultad no brillara con todo su fulgor, pero sus compañeros le teníamos todos por un muchacho listo; y a este propósito voy a relatar una anécdota que me ha referido nuestro condiscípulo DR. LOSTAU. En el año 1909 algunos alumnos de Medicina legal hicieron una visita a la Escuela Oficial de Policía, donde un profesor de aquélla les habló del difícil problema de la identificación de delincuentes por medio del retrato fotográfico. Les explicó los mil subterfugios y fraudes que los tales usan para despistar; el afeitado o la barba crecida, las deformaciones y hasta las mutilaciones quirúrgicas, presentándoles fotografías que siendo de la misma persona no lo parecía y otras que siendo de personas distintas, aparentaban ser la misma. Los retratos pasaban de mano en mano y antes de que el profesor les explicara los detalles en que debían fijarse, ya CELIS los había adivinado, resolviendo en un momento intrincadas cuestiones de identificación que un minuto antes desconocía por completo. Fué el único, entre todos, que rápidamente demostró la clarividencia de un consumado detective.

CELIS terminó los estudios en 1909 y seguidamente hizo un viaje a Buenos Aires, como médico de barco, permaneciendo allí un mes aproximadamente. En Buenos Aires visitó asiduamente el Hospital Español y a consecuencia de la excelente impresión que produjo a su director, recibió ofertas tentadoras para quedarse allí. Pero CELIS era enemigo de aventuras, amaba profundamente la tradición y por esto se sentía con raíces en nuestra ciudad y no quiso dejarla.

En 1911 fué nombrado profesor de Histología normal y patológica en esta ACADEMIA, y en 1914, tras brillantísimas oposiciones le fué concedido, por unanimidad, el cargo de profesor auxiliar de Patología general de esta Universidad, recibiendo en 1923 el nombramiento para el desempeño de las cátedras de Histología y Anatomía patológica.

La histología era, indudablemente, su estudio preferido, que le resultaba sumamente fácil por su gran memoria morfológica y por el instinto de diferenciar las formas más semejantes entre sí. Este instinto, a mi entender, junto con la curiosidad por lo selecto, le condujo al estudio de las obras de arte pictóricas, arqueológicas y de tapicería, para lo cual mostró una afición creciente, desde algunos años después de terminada la carrera. Y no tan sólo le interesaban las obras de arte de un modo objetivo, sino también por todas las consecuencias que su imaginación interpretativa, casi siempre muy certera, podía deducir sobre la significación histórica y psicológica de las obras. Así, con mucho empeño y acierto logró reunir una bella colección de pinturas y objetos de arte, sobre los cuales era interesante oír de sus labios la interpretación amena, basada siempre en datos históricos, muchas veces descubiertos por él mismo.

La viveza en la asociación de sus abundantes ideas constituía la base de su certero y rápido diagnóstico clínico, pero esta característica básica de su personalidad era tan amplia que le hubiera servido igualmente para sobresalir como diplomático o detective. Además, en mi concepto y quizá sin darse cuenta él mismo, su interés por conversar con personas cultas y distinguidas era estimulado por una especie de *curiosidad científica* de los motivos psicológicos que mueven a la sociedad distinguida, ambiente donde se hallaba la mayor parte de su clientela privada.

Como muestra de su viveza natural he referido ya la anécdota de la Escuela de Policía y quiero añadir otra de entre varias que me ha referido el DR. REYES, testigo presencial de ellas. En tiempo rojo y en plan humorístico, los médicos del Servicio de Rayos X del Hospital, mostraron la radiografía de la extremidad de un cerdo, o sea la radiografía de un jamón. A todos los médicos que llegaban al departamento para ver a sus enfermos, les iban mostrando el clisé. Unos decían que se trataba de la extremidad de un cretino; otros, que aquello pertenecía a un raquítico, aquél, que a un enano o que era la pierna de un condrodistrófico, etc. A todas estas respuestas iban contestando los radiólogos que todos estaban equivocados. La broma continuó y dijeron que parecía imposible que de tantos médicos como habían dictaminado, nadie hubiese acertado a saber a quién pertenecía dicha extremidad. El DR. CELIS entró en el departamento para ver en la pantalla a un enfermo de la sala. Como es natural se le mostró irónicamente la radiografía, para ver si acertaba de lo que se trataba. Rápido y tajante, contestó: «¡Esto es sencillamente un jamón!», y añadió: «No es nada de estraño que de los consultados, ninguno haya adivinado. No es que no acierten de lo que se trata; lo que no aciertan es a comprender cómo en este

tiempo que corremos, pueda haber un jamón y por lo tanto a ninguno se le ha ocurrido decirlo, aunque lo haya pensado. Pero lo que a todos se le ha pasado por alto es el hecho de que esta radiografía se ha podido hacer cuando había jamones, cosa que casi aseguro.» Efectivamente, la radiografía había sido hecha al comienzo del periodo rojo, en los célebres tiempos de requisa, en que todo se requisaba, hasta los jamones, y así lo declararon los bromistas.

CELIS no dejó de estudiar en toda su vida. Cuando dejaba la histología, estudiaba enfermedades nerviosas, o psicología, o aparato digestivo, o historia, o literatura, o astronomía, o volvía a la técnica histológica, habiendo dejado, por cierto, una interesante colección de preparaciones, acabadas a la perfección, de anatomía patológica y de histología del sistema nervioso, realizadas en su laboratorio y en número muy notable durante la guerra.

Esta gran voluntad y afición para el estudio, junto con su portentosa memoria, convertía su cerebro en un fichero inagotable del cual solía sacar, con elocuencia, datos y más datos durante la conversación o la lección de cátedra, siempre amena y salpicada de anécdotas y ocurrencias que le hacían un gran maestro de jóvenes, un atrayente conversador, o un temible polemista.

Nada corrobora tanto esta opinión como el calificativo que le adjudicaron los estudiantes de el *je sais tout*. Todos recordamos, de los felices tiempos de antes de la guerra, aquella simpática e interesante revista francesa que trataba de todo lo que tenía actualidad o interés, con amenidad y magnífica presentación. Así era CELIS; él mismo decía que la enseñanza debía ser teatral y sus lecciones despertaban realmente en los estudiantes, ya antes de entrar en clase, el interés de un espectáculo.

Hasta comienzos de 1941, CELIS puede considerarse como el observador y el maestro en lección continua en todos los terrenos y a todas las horas del día, discurrendo siempre sobre las muchas cuestiones que le interesaban y estudiando para no sentirse en ellas superado por nadie.

Desde esta fecha el destino le deparó la triste ocasión de mostrarse como ejemplo de serenidad y resignación cristiana.

Fué a primeros de marzo, cuando después de una temporada sin vernos, por motivo de nuestras propias ocupaciones, estuve en su casa para enterarme cómo seguía uno de sus deudos que estaba enfermo.

Encontré allí al DR. GALLART, de quien pensé que había ido a lo mismo que yo, sabiendo luego que había ido para visitar a CELIS. Después de haberme interesado por el estado de su deudo, la conversación recayó sobre comentarios a las obras de arte que ambos poseían y cuando el DR. GALLART se marchaba y me disponía yo también a marcharme con él, CELIS me dijo:

—No te marches, quédate un momento.

Así lo hice, y cuando estábamos solos me dijo:

—Te he de comunicar una noticia muy grave...

Visiblemente emocionado y mirándome fijamente con los ojos humedecidos, empezó una pausa que corté preguntando con la natural zozobra:

—¿Qué te pasa?

Y después de otra pausa, en la que le vi luchar con el horror que le daba la imagen de lo que quería comunicarme, siguió diciéndome entre pausa y pausa:

—Pues... que estoy gravemente enfermo... que tengo un cáncer de estómago.

—¿Cómo lo sabes?—pregunté con inquietud—. No exageres. ¿Qué es lo que te pasa? Y fué contándome con tal lujo de detalles cómo se hizo él mismo el diagnóstico, que me quedé con el ánimo sobrecogido, y tuve que pedirle que no continuara. Le dije que me había afectado tanto, que me sentía mal, haciéndole, al mismo tiempo, la reflexión de que quizá no sería tal como pensaba, pero me contestó:

—Por desgracia no me equivoco... El lunes próximo será el día de mi muerte civil... Ya no visitaré más... Durante la semana próxima pienso arreglar todos mis asuntos y en la otra pienso dejarme operar. Me lo han pedido y suplicado tanto GALLART, PUIG SUREDA y MARTORELL, que no puedo dejar de hacerlo. Si el éxito nos acompaña y consigo algunos años de supervivencia, todo esto habré ganado. Si no es así... alabado sea Dios.

Finalmente me despedí sintiéndome enfermo yo y viendo en él la imagen de un muerto que caminaba.

No quisiera recargar con detalles excesivos esta necrología, pero creo que es interesante referir que a mediados de febrero, por el motivo de llevar una temporada de molestia epigástrica, se hizo una exploración radioscópica y radiográfica, ayudado por su auxiliar habitual y al ver las pruebas, visiblemente emocionado dijo:

—Si fuera otro ya sabría qué decirle.

Pero luego quiso controlar su criterio con el de otro compañero especialista y el elegido fué el DR. BADOSA, a quien después de someterlo a un apretado examen, sin darle a conocer que él era el enfermo, le enseñó unas radiografías muy sospechosas de cáncer, pero defendiendo el criterio de que posiblemente se trataba de una gastritis.

Finalmente el DR. BADOSA le dijo que opinaba que el referido enfermo debía someterse por un corto plazo, a un tratamiento antiespasmódico y que, entretanto, se procediera a un examen histológico del sedimento del jugo gástrico, en busca de células inflamatorias o neoplásicas y, a ser posible, a una gastroscopia y una radiografía después de aquel plazo; y que, a cualquier empeoramiento del cuadro clínico o radiológico, aparte de las seguridades que pudieran obtenerse de las exploraciones complementarias, debía indicarse, incluso en el caso de simple sospecha, una resección gástrica amplia. CELIS contestó que todo era factible menos que el enfermo accediera a la endoscopia y a la intervención.

Al día siguiente, el referido DR. BADOSA me dijo que había tenido una de las impresiones más angustiosas de su vida al saber por boca del DR. MARTORELL, que acababa de ver las preparaciones histológicas de un sedimento de jugo gástrico donde se veían unas *magníficas* células neoplásicas, según expresión del propio paciente, el malogrado CELIS.

Operado por los DRES. PUIG SUREDA y MARTORELL, y después de un curso con graves accidentes postoperatorios, se restableció bastante bien y otra vez volvió a asomar en su espíritu la voluntad de los *records*. Quiso restablecerse con rapidez. Hacía gimnasia. Caminaba cada día tantos metros más y ya había llegado a caminar kilómetros.

Un día se disponía afanosamente a asistir a una conferencia en la Universidad. Era para él, como una reincorporación a su vida intelectual. Pulcramente

vestido, esperaba verse otra vez entre compañeros, seguramente para distraerse, pensando en otros temas que en los de su propia enfermedad.

Pero, al disponerse a bajar en el ascensor, un dolor intensísimo y brusco le obligó a desistir y empezó otra vez el calvario con un absceso pulmonar, o quizá una recidiva o metastasis, según propia opinión, expresada varias veces. En el período de los dolores, así empezado, se defendió con voluntad enérgica contra el uso *larga mano*, de los narcóticos, pues nada le causaba más horror que la pérdida de la claridad mental.

CELIS tenía fuertes raíces de educación cristiana. Amaba intensamente las tradiciones de la Iglesia y buscó en los consejos de un Director Espiritual una sólida base donde apoyar sus resignaciones. Se preparó cristianamente antes de la operación y cuando recibió los últimos Sacramentos lo hizo con una fe y una preparación tan minuciosa que llevó la dirección del acto y su cuidado personal a todos los extremos imaginables.

Redactó los recordatorios de su funeral, disponiendo que se reprodujera un autógrafo que poseía del poeta Agulló,

*De la fosca de la mort
l'alba'n surt d'una altra vida
hont l'Esperança nos crida
per d'arnos l'eterna sort.*

y los grabados de dos magníficos retablos de su colección. También dispuso, como recuerdo a sus íntimos, que se grabara el último retrato suyo hecho en vida y a lápiz por el insigne artista Muntané, en 31 de octubre de 1941, que acompaña esta necrología. Este magistral retrato era mostrado por CELIS a sus visitantes ponderándolo como obra maestra, pero sin hacer comentarios sobre las huellas, tan visibles, que el sufrimiento había dejado ya en su rostro.

Durante toda su enfermedad, incluso durante los últimos días y en los momentos en que el narcótico enmudecía la agudez de sus algías, CELIS era el mismo de siempre; discutía sobre todos los asuntos y opinaba sobre sus síntomas propios como si fueran de un tercero, procurando obtener enseñanzas de los mismos, como si tratase aun de archivar fichas de experiencia en el fichero de su cerebro, para utilizarlas más tarde.

Se consideró siempre como un caso clínico más, que afectaba solamente a su cuerpo, y hablando, como parecía hacerlo, desde las alturas de su espíritu, ya en el mes de agosto había dicho que a lo más tardar tenía vida hasta Navidad; y efectivamente acertó como otras muchas veces acertaba en sus enfermos. CELIS murió el 25 de diciembre de 1941 cuando le faltaban pocas horas para cumplir 54 años.

Por la mañana de la vigilia, día de Nochebuena, nos felicitó las Pascuas a todos cuantos le visitamos, deseándose para él una paz eterna. A mediodía dijo: «Dentro de tres horas ya no seré capaz de decir nada.» Y así fué, y su vida acabó de extinguirse a las seis y cuarto de la mañana del día de Navidad.

La casa, durante la vigilia y la noche, estuvo llena de deudos y amigos, entre ellos el DR. BADOSA, que en los últimos tiempos se encargó de dirigir su tratamiento, y todos los que pudimos a la hora de la Misa del Gallo, asistimos a ella rezando para el eterno descanso de su alma.

Si bien CELIS legó pocas publicaciones escritas, a todos, absolutamente a todos cuantos tuvimos ocasión de haber tenido con él más o menos relaciones,

nos ha legado lecciones de maestro en cátedra continua sobre Ciencias, Artes o incluso sobre los detalles más insignificantes de la vida cotidiana.

Pero, donde CELIS culminó como maestro, fué en la ejemplar resignación durante el calvario de su última enfermedad. Amigo siempre de destacarse de los demás, tuvo la rara oportunidad, llevado por su temperamento, de conocer su muerte antes que nadie y de anunciarla a viva voz a su colegas y a sus deudos, persuadiéndoles de la elevada resignación que poseía, de tal modo, que al llegar las horas de inconsciencia agónica, nos pareció a cuantos vivimos su calvario, que asistíamos a un acto de conmovedor respeto, preparado minuciosamente por él mismo, celebrado en el día de la fiesta mayor del Cristianismo, para recibir de la Providencia el descanso eterno como premio a su última lección de maestro en resignación cristiana.

Actividad científica

Comunicaciones

CHABÁS BORDEHORE, DR. JOSÉ: *Algunas aplicaciones oxigenoterápicas, especialmente en las neuralgias*. Extracto de la sesión del 13 marzo 1945.

EN una comunicación que presentamos sobre «Indicaciones de la oxigenoterapia», expusimos el brillante porvenir de esta terapéutica, deducible de los grandes progresos realizados en varios países europeos, y, sobre todo, en los Estados Unidos, donde modestos hospitales y clínicas particulares poseen este servicio. En aquella nación, como en las demás, pasó ya la época de la desilusión y descrédito de la primitiva inhalación de unos cuantos litros dados *ante-mortem* de este que llamóse «aire vital», y cuyo uso se ha reemprendido hace lustros, de manera racional, con cada día más sorprendentes y revolucionarios éxitos. En España todavía el añejo prejuicio, como dicen muchos autores, es recurso imprescindible en todo hospital y para todo médico.

Ya razonamos en aquel entonces, así como en artículos y en la obra publicada recientemente, que los progresos de la química biológica, la fisiología, etcétera, resaltan la suma importancia de la oxigenación orgánica, los procesos de la oxirreducción, el factor oxígeno, en fin, como clave del elemento primordial explicativo de la vida, y, por ende, de la enfermedad y su terapéutica. De tales progresos deriva lógicamente el que sea tan grande el número de enfermedades en que es racional la aplicación del oxígeno, y el que se vislumbre la patología de base química ahora en sus albores, en la patología del porvenir, la cual, alrededor del factor oxígeno—dado como a tal o haciendo actuar el existente en los tejidos—, girará la terapéutica, al menos en gran parte, ya que ese aludido número y diversidad de enfermedades, cada vez mayor, tienen en su esencia un nexo común, un fondo químico, reducible a fin de cuentas a trastornos de los procesos fisiológicos de la oxirreducción, base de perturbaciones metabólicas, endocrinas, etc., que traduce la sintomatología.